

## *Laudatio* de Ida Vitale

(Paraninfo de la Universidad de la República, 5 de julio de 2010)

Pablo Rocca

Empezaré con un dictamen que, entre los fieles –y pido que se retenga esta palabra: *fieles*–, entre los sobrevivientes lectores de poesía, es un lugar común: Ida Vitale ha escrito, a lo largo de más de sesenta años, de manera indeclinable y con una autocrítica feroz, una de las pocas obras poéticas mayores en lengua española de los últimos sesenta años.

El caso es sorprendente. Desde el principio, con los poemas del delgado cuaderno *La luz de esta memoria* (de 1949), hasta las últimas creaciones que ha dado a conocer por los tiempos que corren, asombra el sostenido nivel de su producción –para usar una palabra que, seguramente, Ida aborrece– tanto en poesía como en sus notas críticas que insólitamente están desperdigadas por decenas de revistas uruguayas y latinoamericanas, como, también, en su larga y silenciosa tarea de traductora o en su más reciente prosa de ficción, si la categoría cabe.

Se puede imaginar este escenario: un libro, una *plaque*, un puñado de textos de Ida cae en las manos o en los oídos de un desprevenido lector o escucha, que no podrá ser, claro, un *des-entendido* pero sí un curioso *pre-dispuesto*. Suficiente mérito para convertirse en lector o escucha, a un tiempo abstracto y concreto, para que este ser pueda advertir que no está ante el simple uso de fórmulas sonoras, ante la hábil construcción del artificio, sino que ha sido prendado por infrecuentes objetos verbales, por bien labradas cadenas de palabras y sonidos que, por eso mismo, seducen, y sobre todo, punzan. Cualquiera sabrá, a poco de andar en la lectura o la audición, que Ida Vitale nada deja librado al azar. Cada palabra de sus textos parece medida con un extraño instrumento que la vigila y, simultáneamente, la libera porque la multiplica; cada intervención pública aparece como un acto de responsabilidad, que dice porque tiene algo para

decir, o sino calla. Para Ida, la palabra poética amenaza el silencio, lo doblega o no es, y si acaso, entonces, se repliega ante el poder del silencio que puede ser, como nos enseñó Wittgenstein, otra forma del decir. A veces hasta el mejor modo de hacerlo. El poema “Reunión”, incluido en *Oidor andante*, de 1972, es prueba concluyente:

Érase un bosque de palabras,  
una emboscada lluvia de palabras,  
una vociferante o tácita  
convención de palabras,  
un musgo delicioso susurrante,  
un estrépito tenue,  
un oral arcoiris de posibles  
oh, leves leves disidencias leves,  
érase el pro y el contra,  
el sí y el no  
multiplicados árboles  
con voz en cada una de las hojas.  
Ya nunca más, diríase,  
el silencio.

Esta *procura de lo imposible*, para decirlo con el título de uno de sus libros más perfectos publicado en México en 1998, bastaría para que esa secta, cada vez más reclusa, la de los lectores de poesía, estuviera conforme y agradecida.

Hoy, ahora, la Universidad de la República se suma al agradecimiento y la fiesta, otorgando a Ida Vitale esta distinción que suele dosificarse en cuotas, digamos, homeopáticas. Quisiera recordar que en su juventud, Ida pasó por algunas aulas de la Facultad de Humanidades y Ciencias, cuando esta acababa de fundarse, donde alternó con tantos luego brillantes e indiscutibles, donde supo del magisterio del hoy poco recordado Gervasio Guillot Muñoz, nuestro primer gran profesor de Literatura francesa, o del siempre evocado escritor español don José Bergamín. De aquellos días quedó como testimonio deslumbrante la revista *Clinamen*, en la que se manifestó, de un modo raro, la unión de los complementarios para divulgar lo más complejo y nuevo del pensamiento, la

poesía y la crítica que se estaba empezando a hacer por estas orillas y de las que se estaban haciendo en diversas latitudes.

Que el Consejo Directivo Central de la Universidad, haya decidido nombrarla doctora *honoris causa*, a pesar de su lejana huella por los claustros y los medios universitarios, habla de una actitud de apertura y de una madurez que le permite a nuestra casa de estudios, más allá de cualquier recoveco burocrático, admitir que su fuerza y su misión se cumplen desde un adentro hacia fuera y no en el esterilizante ensimismamiento. Para el modesto bosque de símbolos de la Universidad, Ida Vitale viene a convertirse en la cifra, en la metonimia de la poesía que empezó a hacerse en Uruguay y se desparramó por el mundo. Llegamos, por fin, a ponernos al día con un reconocimiento que México –la tierra donde Ida pasó su exilio, su segunda patria– ya le ha prodigado de diversos modos. Un poco tarde, pero llegamos. Y eso es lo que cuenta.

Algunos meses atrás, a pedido de la directiva del Instituto de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, en respuesta a la iniciativa del Sr. Rector sobre la conveniencia de otorgar este título a la autora de *Jardín de sílice*, escribimos en un seco informe que la de Ida Vitale es “*una obra que se caracteriza por la concentración y no por la abundancia o la prisa, [una obra que] ha sabido cambiar de formas de modo continuo, experimentar, en suma: crear, al punto de [ofertarnos] sorprendentes textos en prosa –como De plantas y animales o El ABC de Byoubu–, en los que el hilo de lo poético se deja entrever, siempre*”. La austeridad de ese informe, impidió insistir en la exigencia, la renuncia a todo exhibicionismo y el denodado trabajo sobre las formas de Ida Vitale. Con esas herramientas, antes que nada, está hecha su poesía, y toda poesía que no se piense como simple ejercicio. Con esas herramientas, claro, y con una imaginación verbal que interroga el mundo, lo enriquece, lo hace un espacio más habitable.

En una carta que a mediados de la década del noventa Ida remitió al investigador español Antonio Campoamor González, evocó la figura de Juan Ramón Jiménez, a quien frecuentó en jubilosos días montevideanos de 1948. Al margen de las figuras del afecto y la idolatría, la poeta afirmó que “*el consejo [de Juan Ramón] que recuerdo y sigo me lo dio de viva voz [...] guardar los poemas*

*recién escritos en un cajón durante el tiempo necesario para olvidarlos y leerlos como si fuesen ajenos. Con poca fe, poca esperanza y poca caridad”.*

Esa sensación de autocontrol y de impiedad con los versos y, aun, con la imagen de sí misma que se filtra en su obra, recurre al distanciamiento irónico junto a la celebración de la vida, en especial de los seres y las cosas de este mundo y del universo mítico de diversas culturas que también nos habita, contra todo resabio de racionalismo romo. Frialdad y ternura, expectativa y desesperanza. Exigencia implacable. Como en el poema “Abuelo”, del precitado *Procura de lo imposible*:

No le conocí.  
Pero su viento oscuro  
aún recorría los cuartos  
como para aventar una brasa de amor  
que alguien guardara.  
Enardeció la casa con sus catorce hijos,  
eligió para algunos  
agriros nombres fantásticos:  
Pericles, Rosolino, Publio Decio,  
Débora, Clelia, Ida, Marc’ Antonio,  
Tito Manlio, Fabrizio, Miguel Ángel.  
Cuando un hijo moría a poco de nacido,  
el siguiente ocupaba su nombre  
y así borraba el luto.

No le conocí.  
Pero quizás, ya viejo,  
hubiese sido blando conmigo.  
No me hubiese servido.

Este poema habla de *su* genealogía. Hay otra. La que sopla desde el primer libro, la que evidencia la temprana certeza del hacer creativo: se es poeta, se hace poesía porque uno pertenece a cierta familia de escritores y porque, también, uno

se niega a formar parte de otras. Ida Vitale ha sido lo que fue y lo que es, quizá porque así estaba marcado; pero, más seguro aún, porque ese país en que se formó –el que ahora la atrae y la distancia– y dentro de ese país, aquella Facultad de Humanidades, le aportó saberes, diálogos, disputas y una firme conciencia del hacer artístico. Con ella, y me remito a los intertextos que se cuelan en sus versos, han caminado desde fines de los años cuarenta hasta hoy Lope de Vega y Sor Juana, Cernuda y Vallejo, Borges y Oliverio Girondo, Neruda y René Char, Dino Campana y Octavio Paz, Julio Herrera y Enrique Casaravilla Lemos.

Empecé apelando al lugar común. Conviene remarcar que la obra de Ida Vitale nos invita, siempre, a romperlo. Sus textos nos impelen a combatir la palabra gastada, el vocerío, el estruendo. Como Rubén Darío en el prefacio a *Cantos de vida y esperanza*, Ida Vitale sabe bien que es una poeta “*para minorías*”, pero dudo que piense, como el nicaragüense, que “*indefectiblemente tiene que ir a ellas*”. En oportunidad de la primera edición de la *Poesía completa* de Rafael Alberti, el 13 de diciembre de 1961, Ida escribió un largo artículo en el semanario *Marcha* en el que vio con cordial antipatía al último Alberti, al que siguió considerando poeta sincero, pero a quien “*le va la vida –dijo– en que el lector no salga de él y le tienta con halagos distintos en todo el recorrido*”.

Nada de zalamerías. A quien Ida le habla, aun el receptor infantil de su cuento para niños *Un invierno equivocado*, es al lector crítico, es decir al capaz de discernir sin facilitaciones previas, al que debe saber que entrar en su pequeño gran mundo de palabras lleva al goce, pero también al desciframiento, a lo ponderable pero también a lo oculto. Y, por encima de todo, ese lector tiene que ser *fiel* a sí mismo, asumirse con sus virtudes y sus equivocaciones, como propone en la primera estrofa del poema “Fortuna”, recogido en el volumen *Trema*, de 2005:

Por años, disfrutar del error  
y de su enmienda  
haber podido hablar, caminar libre,  
no existir mutilada,  
no entrar o sí en iglesias,  
leer, oír la música querida,

ser en la noche un ser como en el día.

Recuperé a Darío y quisiera terminar con algunos versos suyos. Primero, con dos versos que pertenecen al largo poema “Epístola a la señora de Leopoldo Lugones”, y con los que a lo largo de dos décadas en que he tenido el privilegio de una peleada amistad con esta mujer agudísima, ácida y dulce que se llama Ida Vitale, alguna que otra vez me despedí cuando regresa a Austin, su residencia permanente desde 1989 junto a su esposo, el poeta Enrique Fierro: “*Mírame transparentemente, con tu marido/ y guárdame lo que tú puedas del olvido*”.

“*Dos dioses hay, y son: ignorancia y olvido*”, dice Darío en otro de sus memorables versos. *Ignorancia y olvido*, que desde hoy la Universidad de la República destierra para siempre en relación a Ida Vitale. Algo aturdido, celebro con ustedes este acontecimiento.